

Historias Acuarianas Para Niños

El Vestido del Pensamiento de Jane por D. D. Arroyo

Jane, que tenía seis años, estaba muy enojada. Gritaba y las lágrimas le salían de los ojos. Su hermanito bebé había tomado las lindas zapatillas de su mejor muñeca y las estaba ensuciando mientras intentaba ponérselas en los pies. Su mamá entró corriendo a la habitación y, al ver lo que pasaba, levantó al hermanito de Jane.

—Mamá, las arruinó —dijo Jane entre sollozos—. Las zapatillas de mi mejor muñeca. Ahora están echadas a perder. Es malo. ¡Lo odio!

Golpeaba el suelo con los pies mientras miraba a su hermanito. Y él, asustado por las reacciones de Jane, también comenzó a llorar.

Mamá se sentó en la cama, le dio una galleta al hermanito y habló suavemente:

—Jane, lamento que haya tomado las zapatillas, pero no las ha dañado tanto. Está mal que digas esas cosas.

El hermanito, feliz con la galleta, dejó que mamá sacara las zapatillas de la punta de su pie. Miró en silencio mientras mamá limpiaba con cuidado las marcas de dedos sucios de las zapatillas blancas. Pero Jane seguía llorando.

—Pero mamá, mira, las rompió. Ahora mi muñeca no se verá bonita.

Mamá miró a su hijita.

—Querida Jane, no deberías dejar que el enojo te domine. Cuando te enojas, creas patrones de pensamiento muy feos. Son como pequeñas flechas que caen a tu alrededor, lastiman a otros y luego regresan a lastimarte a ti. Tú sabes esto, porque te lo he enseñado.

—Pero no puedo evitarlo, mamá —dijo Jane con resentimiento—. Me duele que hayan arruinado mi muñeca. Es mía y quiero que esté bonita.

Mamá asintió.

—Sé que quieres mantenerla bonita, querida. Pero tu hermanito es muy pequeño para entender. No quiso hacer daño. Además, la zapatilla no está arruinada. Puedo arreglarla y las dos están bien limpias. Mira, ¿ves?

Jane miró las zapatillas con duda y luego se secó las lágrimas.

Mamá continuó:

—Verás, Jane, es más fácil reparar el daño físico que el daño que causan tus pensamientos de enojo.

—Pero, mamá —protestó Jane—, todo el mundo se enoja y dice cosas. No quería decir que odiaba a mi hermano. Solo lo dije.

La niña comenzaba a verse arrepentida.

Su mamá la miró con seriedad.

—Sí, querida, ese es el problema. La gente dice cosas y, aunque no las sienten realmente, creen que sus palabras se olvidan y no importan. No se dan cuenta de que nuestras palabras crean patrones a nuestro alrededor. Cuando las palabras son de enojo y significan cosas feas, los patrones también son feos. Estos patrones no desaparecen en cuanto se pasa el enojo. Se quedan pegados a uno. Se

vuelven más fáciles de repetir y, si no se detienen, se convierten en parte del carácter de la persona. Y lo peor es que estos patrones afectan a los demás. Hacen que otros también hagan cosas malas y se sientan infelices. Está mal crear fealdad cuando deberíamos hacer patrones de belleza y felicidad.

Jane miró a su mamá con vergüenza.

—Lo siento, mamá. De verdad lo siento. Intentaré hacer mejores patrones de pensamiento. ¡Patrones hermosos!

—Estoy segura de que lo harás, querida —dijo mamá, dando a su hijita un abrazo rápido.

Esa noche, después de que Jane se acostó, tuvo un sueño que la ayudó a recordar su promesa.

En su sueño, vio a un ángel pequeño, justo de su tamaño. El ángel vestía una larga túnica blanca y estaba sentado en una silla. En la mano, el ángel tenía una prenda. Era un vestido, y el ángel estaba cosiendo dibujos en él. Mientras cosía, muchas cositas zumbaban a su alrededor.

Algunas de esas cositas tenían formas y colores hermosos. Pero otras parecían insectos monstruosos. Eran malvadas y feas de mirar. De vez en cuando, el ángel estiraba la mano y elegía una de esas criaturas que revoloteaban a su alrededor. A veces elegía una criatura hermosa y, cuando la cosía en el vestido, se veía muy bonito. Pero otras veces elegía una de esas cosas feas con forma de insecto, y las cosía junto a los patrones hermosos que ya estaban en el vestido.

En su sueño, Jane gritaba cada vez que veía un patrón feo cosido en el vestido.

—¡Estás arruinando el vestido poniendo esas cosas horribles junto a los dibujos tan bonitos! —le decía al ángel.

Para su sorpresa, el ángel asentía y respondía:

—Sí, ¿verdad que es una lástima arruinar un vestido tan lindo con dibujos tan horribles?

—Sí, lo es —aceptó Jane rápidamente—. ¿Por qué los eliges para ponerlos en el vestido? ¿Por qué no coses solo los patrones hermosos?

El ángel sonrió dulcemente y dijo:

—Eso es lo que me gustaría hacer. Sería un trabajo muy agradable si solo hubiera patrones hermosos para coser en este vestido. Pero verás, tengo que coser los patrones que se hacen para esta prenda.

—¿Pero quién te obliga a tomar los feos? —preguntó Jane con curiosidad.

El ángel volvió a sonreír, pero esta vez con un poco de tristeza, mientras respondía:

—Tú, Jane. Estos son tus pensamientos. Este vestido es un símbolo de tu alma. Cuando piensas pensamientos hermosos y llenos de amor, entonces tengo patrones adorables para trabajar. Cuando te enojas, o te impacientas, o dices cosas malas, o actúas sin pensar y con egoísmo, entonces se forma uno de esos patrones feos, y tiene que ser puesto en el vestido.

Jane tembló. Le asustaba la fealdad de esas criaturas que revoloteaban, y la cantidad de dibujos monstruosos que arruinaban el hermoso vestido que el ángel cosía. Se sintió muy infeliz por todo eso.

—¿Nunca podré deshacerme de los feos? —preguntó lentamente.

La sonrisa del ángel se volvió muy brillante.

—¡Oh, sí, claro que sí, querida Jane! Puedes aprender a controlar siempre tus pensamientos y tus emociones para que formen patrones hermosos. Entonces podré quitar esos dibujos feos y coser los nuevos y hermosos.

—¿Y entonces podré tener el vestido hermoso para usarlo como algo muy mío? —preguntó Jane con entusiasmo.

El ángel asintió.

—Ya lo tienes. Es tu vestido de pensamientos. Lo usas durante toda tu vida, aunque no te des cuenta. Y cuando vayas al mundo del cielo, después de que tu vida aquí en la tierra termine, el vestido va contigo. Y lo que es bueno y fino en él se convierte en parte del verdadero tú: tu Espíritu.

De repente, Jane despertó. El sueño aún estaba vivo en su memoria. ¡Qué hermoso había sido el ángel! ¡Y qué brillantes eran algunos de los patrones de pensamiento en el vestido! Lo pensó todo y decidió esforzarse mucho en el futuro por controlar sus pensamientos.

Cuando se sentía de mal humor, o egoísta, o quería enojarse, recordaba al ángel cosiendo el vestido de pensamientos e inmediatamente intentaba pensar pensamientos buenos. También trataba de ser generosa y paciente. A veces fallaba, pero seguía intentándolo, porque mamá le había dicho: "No hay fracaso, salvo dejar de intentar".

Con el tiempo, se le hizo cada vez más fácil pensar pensamientos buenos, y se sintió mucho más feliz por eso. El angelito también está muy feliz, porque el vestido de pensamientos de Jane se vuelve más hermoso cada vez.

Ahora, querido lectorcito, ¿qué me dices de tu vestido de pensamientos? ¿Es hermoso de ver? ¿Crees que el ángel está feliz cuando trabaja en él?